

## LA MUJER DE UN PESCADOR

Cuando era niña adoraba las tormentas. Ahora soy la mujer de un pescador y la sola idea me aterra. La oscuridad con que se tiñe el cielo, incluso cuando todavía es de día, ese color violáceo que convierte a las nubes en azufre y el viento en violencia; todo el fenómeno, de principio a fin, me sobrecoge.

Los cristales de las ventanas no parecen tener la suficiente resistencia para soportar los envites procedentes del exterior. La naturaleza está enfadada.

Esperaba pasar la noche leyendo, sentada junto a la ventana que me ofrece mi vista favorita, pero el pintoresco paisaje costero se ha convertido en una pesadilla, así que decidí recostarme en el sillón que hay junto a la chimenea, donde el crepitar producto del sexo entre el fuego y la madera consigue captar mi atención por encima de la orquesta que resuena fuera.

Todo parecía tan distinto hace años. Yo misma era completamente distinta. Era una niña, después de todo, y suele quedar poco del niño que fuimos en la persona que somos. Nada. O tal vez una cosa, una sola: esa mirada perdida que observa el mundo con curiosidad. Sí, sin duda conservamos algo de esa mirada, esa forma de abrir los ojos a lo que se nos presenta en el particular escenario que cada uno vive. Pero no es curiosidad el elemento que determina la interpretación adulta de ese escenario, la comedia de nuestra existencia. La curiosidad de esta mirada ahora es miedo, temor e incluso espanto ante lo que presenciamos. Sólo eso podemos sentir al ver lo que vemos cada día, sentir lo que sentimos.

Mi marido está en altamar. No es curiosidad lo que siento en este momento.

Desde donde me encuentro atravieso la ventana del salón y, más allá de un mar de lluvia, consigo distinguir alguna de las embarcaciones amarradas en el puerto. Siento

un escalofrío. El impacto del clima sobre estas es implacable. La anarquía con que se mueven hace pensar que la naturaleza tiene la predisposición de un niño caprichoso, que arrastra y retuerce los barcos como si no le preocupase romperlos. Son juguetes para él, baratijas sustituibles. Si es así en la costa, no quiero ni pensar cómo será allá donde esté mi marido.

Ésta es la primera noche, desde que nos casamos, que se marcha a faenar con un tiempo tan desfavorable. Estaba nublado cuando zarparon. Yo, en mi ignorancia, pensaba que sería algo pasajero, una variable de la que no preocuparse. Él, en cambio, pertenecía a una familia de pescadores, y no tuve más que hundirme en sus ojos para comprender que estaba equivocada. Decidí saltar de aquel mar de inquietud que era su mirada y, en la huida, caí en un pozo mucho más profundo, el de mi suegra, viuda de toda la vida. Era un día nublado cuando su marido se fue.

Un estruendo de origen incierto me catapultó fuera del sillón, lanzando mi lectura al fuego de la chimenea. Me quedé como una tonta mirando cómo el libro ardía, dejando que *El viejo y el mar* quedase reducido a *el mar* y unas cuantas páginas chamuscadas, que se retorcieron hacia dentro como si intentasen salvarse del fatal destino al que mi torpeza las había conducido. La apasionada de la literatura que llevaba dentro consideró aquél un castigo terriblemente injusto, además de cruel, así que salí de mi ensimismamiento y corrí a la cocina, donde esperaba encontrar el remedio mágico que devolviera al libro su forma original. Me acerqué al fregadero, donde empecé a llenar una jarra con agua del grifo. Ya que no iba a salvarlo, al menos le daría la dignidad perdida entre las llamas recuperando sus restos con el elemento que le correspondía por derecho. Justicia poética, pensé.

Aunque la tormenta no había amainado, el siseo del agua corriendo del grifo a la jarra de cristal me ayudó a calmarme, cerrar la mente del chapoteo de las gallinas en los charcos de lodo que se habían formado en el jardín.

Las gallinas. No debían estar fuera del corral.

Antes de que la frescura del agua corriente saludase a la palma de mis manos desde el otro lado del cristal, dejé la jarra sobre la encimera y salí al exterior. El asedio fue inmediato. Una paliza de gotas de lluvia que parecían tener algo personal contra mí me sorprendieron desde todos los frentes, mientras el viento desfavorable –como lo estaba siendo todo aquella noche– me empujó desde la izquierda, tirándome sobre el barrizal, del que me levanté con la dificultad añadida por la frustración que suponía resbalar una y otra vez. Empezaba a sentirme humillada.

Decidida a procurar el bienestar de mis gallinas, puse todo mi empeño en ignorar el vendaval y caminar hacia delante, afrontando el desprecio del cielo, que me escupía desde arriba, y las embestidas de lo que solía ser una suave brisa en días más amables.

Tardé un tiempo considerable en reunir las a todas y ponerlas a salvo, pero finalmente lo hice. Cuando conseguí cerrar la verja y asegurarla para que no volviera a abrirse, dejé que mi cuerpo tomase las decisiones por un momento, de manera que mi mente pudiera evadirse a través del infinito suspiro que solté al mismo tiempo que me dejaba caer con la espalda apoyada en el muro del gallinero.

Mirar al cielo una noche como aquella era un deseo morboso. Aquel fuego húmedo era la viva imagen del infierno, del odio más puro y, sin embargo, se trataba de un fenómeno de lo más natural, insignificante en realidad, como todo lo demás.

Me sentí más cansada que nunca y se me ocurrió que, a pesar de la imagen de aparente sencillez que mi rutina inspiraba, mi vida no era nada fácil. Podía perder a mi

marido y, entonces, lo habría perdido todo. Tal vez ya lo había perdido y aún no lo sabía.

Una luz muy distinta a la de los truenos nació a lo lejos, al otro lado del pueblo, casi en el límite. Se trataba del cartel luminoso que daba nombre al burdel, en letras de un rojo característico. Me pregunté hasta qué punto aquellas mujeres eran felices en esa clase de vida, o hasta qué punto eran tan miserables como mi suegra y señoras como yo suponíamos.

Alguna que otra vez me crucé con una de aquellas muchachas en el mercado, o paseando por el pueblo. De no ser porque todos sabían quiénes eran, nunca las habría reconocido como prostitutas. Durante el día a día no vestían de forma provocativa y, además, se comportaban con una cierta introversión, probablemente determinada por la actitud desdeñosa de la gente, que las consideraba una lacra. Las mujeres las odiaban porque sabían que muchas de ellas conocían demasiado a sus maridos; ellos, por su parte, no las odiaban, todo lo contrario, pero fingían hacerlo cuando era conveniente.

Pobres mujeres, las prostitutas, que vivían de los hombres y sufrían por sus mujeres. Y con ellas.

Cómo había cambiado el mundo. Hoy en día, las sirenas no atraían a los marineros desde las rocas. Esperaban en la delimitación del pueblo, al inicio de la carretera, junto a la gasolinera más próxima, a que las olas les hicieran el favor de procurarles lo que en otro tiempo conseguían sin esfuerzo. A decir verdad, parecía que hubiesen dejado de ser las depredadoras míticas para ser algo más parecido a una vulgar presa.

El cartel del prostíbulo parpadeó, recordándome al crepitar de las llamas de una chimenea.

Mi chimenea.

No sin dificultad, se incorporé y volví al interior de la casa. Al encontrarme en el salón, confirmé lo que ya temía al ver las páginas de Hemingway reducidas a un puñado de cenizas que se levantaban en una espiral de palabras consumidas, intentando escapar a través del agujero de la chimenea. Volvían al mar.

Poco después decidí refugiarme en el cuarto de baño, donde esperaba conseguir la dignidad que aportaba la higiene personal y, de paso, si era posible, sentirme a gusto aunque fuese durante un par de minutos.

Me despojé del saco de tierra que era mi ropa e introduje en el plato de la ducha el otro saco de tierra que era yo. El agua cayó sobre mí de un modo tan distinto a como lo había hecho allá fuera que sentí el impulso de hacerle el amor, como fuese, a aquella materia tan amable que me acariciaba una noche en que todo el mundo me pegaba. Perdoné al agua por lo mal que me lo había hecho pasar, y perdoné al mundo, y me perdoné a mí misma por ser tan pesimista.

Abrí la boca, recibéndola dentro de mí, refrescante y agradable. La escupí pausadamente, juntando y separando los labios, a base de suaves despedidas. A mis pies, la terrosa negrura se perdía por el desagüe. Extrañé a mi marido. Deseé a mi marido. El tacto del agua me reconfortó, al mismo tiempo que aumentaba el deseo. Era duro tenerlo lejos.

Me pregunté cuánto tardaría el fuego en consumirse. Más tarde tendría que asegurarme de mantenerlo vivo en la chimenea.

Al salir de la ducha me confundí en el albornoz de mi marido, que conservaba su olor a pesar de que casi nunca le daba uso. Él salía de la ducha y andaba por la casa tapado en una toalla minúscula hasta que se secaba del todo.

Bajé al salón, donde todo seguía igual a como estaba cuando lo abandoné. Oscuro donde la luz no era tenue, y silencioso. Consideré la posibilidad de adoptar una

mascota. Un perro, quizás. Me haría compañía y podría adiestrarlo para que protegiese de los zorros a las gallinas. Llenaría la casa de nuevos sonidos hasta que llegasen los niños, si llegaban. Esperaba que así fuese.

Mientras me recostaba en el sofá noté que la lluvia estaba dando paso a un discreto crepitar, así como mi inquietud la acompañaba en su gradual reposo.

Algún día llegaré a acostumbrarme a estar casada con la soledad, supongo, como hizo mi suegra antes que yo. Mi marido me quería, pero no era la única mujer. La mar, en femenino, como mi suegra la llamaba, era una amante sabia en el arte de dominar a cualquier varón que se entregaba a ella. De temperamento temible, impredecible e inestable, cualidades que alejarían al hombre más insensato, pero tan apasionada que les resultaba imposible no volver en busca de sus manos transparentes.

La mar, la otra mujer en la vida de mi marido, la única amante que le permitiría tener. La mujer más importante de todas, que daba sentido a las demás. Nosotras.

La mar, proveedora infatigable de prostitutas cansadas, que hacía el trabajo sucio a sus hijas menos afortunadas.

La mar, la religión de mi suegra, a la que no temía en absoluto, pero sí respetaba, como todas las cosas que no se entendían. Era su Dios y su religión, su salvación y su perdición. El cielo y el infierno.

Yo, la mujer del pescador, observé por última vez a la que había sido mi mejor amiga durante mi infancia, hasta que empecé a odiarla, a ella y sus tormentas. Sería mi principal rival durante el resto de mis días. Mi compañera también, no podía negarlo. Una hermana, quise pensar. Tal vez una madre demasiado controladora, que en ocasiones abrazaba demasiado fuerte a sus hijos, causando un daño irreparable cuando todo lo que buscaba era su bienestar.

El mar, la mar, tantas cosas y una sola.

El cielo estaba casi despejado. Esperaba que se mantuviera así hasta el regreso de mi marido. Tímida entre los pocos nubarrones que todavía cubrían una pequeña parte del cielo, la luna se presentó por primera vez aquella noche y yo le devolví la sonrisa, comprendiendo que después de la tormenta siempre llegaba la calma.